



Brújula
Volume 13 • 2020

Arte Factu

Las orquídeas engañan

Camilo Uribe-Botta*
University of Warwick

Las orquídeas engañan. Esa es una de sus principales características. Ellas han evolucionado de tal manera que engañan a insectos a través de complejos mecanismos olfativos y visuales, para que bien sea buscando néctar o por pseudopulación, se acerquen y se lleven su polinio otra orquídea para que esta sea fertilizada y así la planta pueda asegurar su existencia. Si bien las orquídeas tienen flores hermafroditas, la autofecundación no existe en ellas, por lo que siempre se necesita la presencia de un polinizador, normalmente de un insecto específico para una orquídea específica. Así de íntima es la relación.

Pero las orquídeas no solo engañan a insectos. Me atrevería a decir que las orquídeas también han engañado a los humanos y que desde el siglo XIX, gracias a este engaño, han logrado conquistar nichos ecológicos antes inalcanzables para ellas: orquídeas tropicales en invernaderos ingleses, casas de campo en Escocia,

* © Camilo Uribe-Botta 2020. Used with permission.

estanterías de almacenes por departamento en Suecia y tiendas de aeropuertos en Asia. Amenazadas en su ambiente natural, proliferan en su ambiente anti-natural: grandes cultivos industriales en el sur de la Florida y en Singapur. Pero ¿cómo lograron las orquídeas engañarnos así? ¿Por qué hoy en día son, quizás, las flores más exitosas del mundo? ¿Cómo lograron engañarme a mi para que decidiera investigar analizar cómo y gracias a quiénes las orquídeas colombianas lograron llegar al Reino Unido en el siglo XIX? En estas páginas quiero analizar cómo las orquídeas han engañado a la humanidad, afectando nuestra vida cotidiana e incluso el mundo académico.

Se suele pensar que las plantas, la naturaleza en general, es una colección de recursos naturales y materiales que de alguna manera están administrados por lo humanos (Marder). Es decir, la sociedad occidental ha entendido las relaciones humanos-plantas de una forma instrumental donde las plantas podrían considerarse como recursos para las necesidades y los deseos humanos o, incluso más problemático, un agente pasivo esperando la intervención humana, como si las plantas estuvieran ahí *para nosotros* (Stark). Pero la naturaleza no es ese telón de fondo en el que sucede la historia de la humanidad. Ya hace 200 años Humboldt defendía la existencia de una interconexión de todos los seres vivos que hacen parte de esa red que conocemos como naturaleza (Wulf). En otras palabras, se podría decir que la Historia es el proceso en el que tanto humanos como su medio ambiente continuamente co-crean y devienen. (Ingold)

En este orden de ideas, alejándonos de una visión antropocéntrica, lo que busco es entender el punto de vista de las plantas analizando el tipo de relación que establecen con otros seres vivos, en este caso con los humanos, conmigo. Esto sería lo que Deleuze llama “devenir plantas” (Stark). Es decir, crear un ensamblaje entre entidades claramente diferenciadas en un solo colectivo, lo que ofrece una forma de pensar a través de una relación entre individuos de diferentes clasificaciones, no solo entre lo orgánico y lo inorgánico, sino también

miembros de diferentes especies e incluso reinos biológicos (Stark). En este caso en particular, quiero proponer que la relación orquídeas-humanos similar a la que existe entre orquídeas-insectos. Este último tipo de relaciones está ampliamente identificado y estudiado desde las ciencias naturales, pero el primer tipo de relación apenas empieza a tomar fuerza en las ciencias sociales, (Hall; Coccia), lo que nos lleva a replantearnos el significado mismo de ser planta.

Para Emmanuel Coccia, las flores son el epítome del ser planta (Coccia). La flor es entendida como el paradigma de la racionalidad, pues según él, pensar es siempre invertir en si mismo en la esfera de las apariencias, no necesariamente para hablar o decir algo, sino para poner diferentes seres en contacto los unos con los otros (Coccia). Es decir, ahí donde los humanos se encuentran con las plantas, dos mundos - y temporalidades - se cruzan (Marder); y en el caso de las orquídeas esto sucede precisamente gracias a sus flores, flores que desde hace siglos han cautivado a los humanos, creando una relación simbiótica muy poderosa.

Gracias al descubrimiento de la compleja relación planta-insecto-hongo que una orquídea utiliza para reproducirse y a que hoy en día la producción de orquídeas se puede realizar en invernaderos y a escala industrial sin tener que obtenerlas de la naturaleza, la relación de las orquídeas con los humanos se ha vuelto más fuerte y más dependiente que nunca. Al ir descifrando la manera en que la orquídea se reproduce, hemos ido tomando el papel de polinizador y catalizador: ahora para la orquídea el humano es *humano-insecto* y *humano-hongo* al permitirle reproducirse y crecer en un ambiente controlado, en proporciones y en lugares en los que las orquídeas tropicales jamás imaginaron estar.

Pero esta relación orquídea-humano ha llegado más lejos y le ha permitido a las orquídeas contar su historia, hacerlas hablar. Y es ahí donde mi propia experiencia afectiva con estas plantas ha determinado mi investigación académica actual. Desde que las encontré en el diario de una viajera inglesa a

Colombia en 1881, me cautivaron (Carnegie-Williams). Su presencia se quedó en mi cabeza durante varios años hasta que las conexiones históricas se fueron haciendo más fuertes y me lanzaron a investigar por qué para Rosa Cargenie-Williams era importante visitar una pequeña casa a las afueras de Bogotá donde unos ingleses hacían acopio de orquídeas antes de enviarlas al Reino Unido.

Las corrientes históricas contemporáneas buscan darle voz a los actores históricos que no la han tenido en las investigaciones más tradicionales. Y para mi, la orquídea es un actor histórico que no ha tenido la voz que se merece en la historia ambiental, la historia de la ciencia y en la historia económica y de las relaciones internacionales entre Colombia y el Reino Unido en el siglo XIX. Al igual que engañan a los insectos para lograr su reproducción, se han encargado de engañar a los humanos para que les facilitemos su movimiento por todo el planeta, les permitamos concursar en reñidos concursos en innumerables exposiciones, ser objetos de deseo en gigantescas colecciones y agentes históricos en investigaciones doctorales. Que contemos su historia.

Orquídeas hay prácticamente todo el planeta Tierra, excepto en la Antártica. Estas plantas han tenido siempre connotaciones especiales para los humanos: desde significados afrodisiacos o míticos, hasta objetos de deseo y de distinción (Endersby). Pero más allá de su valor estético, una orquídea no tiene ningún valor intrínseco y no es, por lo tanto, un recurso natural con algún uso industrial o una mercancía en el sentido más puro de la palabra. Y aún así, hoy en día se venden millones de plantas cada año y en el siglo XIX se desarrolló en Europa, especialmente en el Reino Unido, una obsesión por las orquídeas tropicales que se conoció como *orquideomanía*, que algunos han comparado incluso con la memorable fiebre por los tulipanes en el siglo XVII. (Endersby).

Para la sociedad victoriana la única manera de obtener orquídeas tropicales era importándolas directamente de América, África y el sureste asiático. Para esto, poderosas casas comerciales británicas y belgas enviaron cazadores de orquídeas a buscar miles de plantas en las húmedas selvas

tropicales. Estos cazadores, como eran llamados, despacharon grandes cargamentos en barcos a Europa, de los cuáles apenas sobrevivían la mitad o una tercera parte de las orquídeas. Era un proceso costoso, peligroso y demorado, pero era tal la obsesión por estas plantas que el riesgo valía la pena (Millican). Al final las orquídeas se vendían por cifras astronómicas, lo que aumentaba su demanda y su depredación, con graves consecuencias ecológicas. Hoy algunos nos seguimos adentrando en los bosques andinos a buscar las cada vez más esquivas orquídeas salvajes, pero esta vez con fines científicos y académicos, sin necesidad de cazarlas.

La fascinante capacidad de las orquídeas de engañar ha inspirado la ciencia ficción y a lo largo del siglo XX se han escrito varias historias donde las orquídeas son los personajes principales. Un común denominador es el papel seductor y manipulador de la planta, llevando a los humanos a situaciones extremas -un poco como a los cazadores de orquídeas del siglo XIX. Quizás una de las novelas más fantásticas sobre este tema es *The Pollinators of Eden* de John Boyd. (Boyd) En esta historia, una científica, Freda, está frustrada porque su marido, Paul, no ha regresado del planeta Flora donde se encontraba estudiando la polinización de unas orquídeas gigantes. En este planeta, a Paul lo desoncierta como las orquídeas logran polinizarse, pues aunque el planeta está lleno de insectos y aves, ninguno de ellos cumple el papel de polinizador de orquídeas. Eventualmente descubre que se trata de un animal de gran tamaño parecido a un cerdo, pero su población ha aumentado tanto que las orquídeas diseñaron mecanismos para protegerse de ellos, entre ellos orquídeas carnívoras. Eventualmente Freda logra viajar a Flora para encontrar a su esposo rodeado de orquídeas que lo han seducido. Ella también sucumbe a los encantos de las plantas y eventualmente los dos se ven envueltos en encuentros sexuales con las gigantescas flores; las orquídeas del planeta Flora habían encontrado un nuevo polinizador a través de la pseudocopulación. El mensaje suena extrañamente familiar.

En siglo XXI esta historia de ciencia ficción no está muy alejada de la realidad. Las últimas investigaciones sobre la comunicación y los mecanismos de supervivencia en el reino vegetal (Wohlleben) proponen que las plantas se comunican entre ellas, toman decisiones, se cuidan mutuamente, comparten nutrientes e incluso aprenden a identificar el peligro. Por lo tanto, cabe preguntarnos, una vez nos hemos dado cuenta que las orquídeas también tienen este tipo de estrategias y objetivos para sobrevivir, ¿vamos a cooperar con ellas o vamos a entorpecer el proceso? (Endersby). Yo he sido víctima de su engaño.

Obras citadas

- Boyd, John. *The Pollinators of Eden*. Penguin, 1978.
- Carnegie-Williams, Rosa. *Un año en los Andes, o, Aventuras de una lady en Bogotá*. Academia de Historia de Bogotá ; Tercer Mundo Editores, 1990.
- Coccia, Emanuele. *The Life of Plants: A Metaphysics of Mixture*. Edición: 1, Polity, 2018.
- Endersby, Jim. *Orchid. A Cultural History*. The University of Chicago Press and The Royal Botanic Gardens, Kew, 2016.
- Hall, Matthew. *Plants as Persons. A Philosophical Botany*. SUNY Press, 2011.
- Ingold, Tim. *Perception of the Environment: Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*. Routledge, 2000.
- Marder, Michael. *Plant-thinking: a philosophy of vegetal life*. Columbia University Press, 2013.
- Millican, Albert. *Travels and Adventures of an Orchid Hunter : An Account of Canoe and Camp Life in Colombia, While Collecting Orchids in the Northern Andes*. Cassel & Company, Limited, 1891.
- Stark, Hannah. «Deleuze and Critical Plant Studies». *Deleuze and the Non/Human*, editado por Jon Roffe y Hannah Stark, Palgrave Macmillan UK, 2015, pp. 180-96.
- Wohlleben, Peter. *The Hidden Life of Trees: What They Feel, How They Communicate*. William Collins, 2017.
- Wulf, Andrea. *La invención de la naturaleza: El Nuevo Mundo de Alexander von Humboldt*. Penguin Random House Grupo Editorial España, 2016.